

LA SABIDURÍA DE LA CORONA

Cuando se inquiere los motivos que llevan a tantos políticos españoles que se llaman liberales a mostrarse temerosos de que en España haya un cambio de régimen, se ve que a lo que temen es a la responsabilidad. Saben desde luego que los más de ellos no podrían entonces defender desde el poder sus intereses y no abrigan mucha confianza de saber defenderlos desde fuera del poder en un régimen de publicidad y de responsabilidad perfectas, que no es otra cosa el régimen republicano. Porque República, digámoslo otra vez más, es publicidad y es responsabilidad.

La irresponsabilidad constitucional del monarca les ha servido a nuestros gobernantes para encubrir con ella su propia responsabilidad. Para no dejar en descubierto al monarca, según mil veces han declarado en la intimidad — intimidad relativa, — no respondían al contestar a lo que se les preguntaba. Y cuando apelaban a sus deberes de dinásticos había que echarse a temblar, porque el dinastismo ha sido y es aquí la más vergonzosa de las alcahueterías.

Frente a esa desdichada aventura de Marruecos, por ejemplo, había que ver la actitud que adoptaban todos los dinásticos desde Lerroux, sedicente republicano, pero dinástico, hasta Maurá. Aunque este «desde» y este «hasta» sean muy convencionales.

Por miedo a la responsabilidad toleraron los liberales la situación vergonzosa que surgió de la macabra zarabanda roja de Llodio, de aquella profética danza de la muerte, donde el pobre señor Dato se comprometió a forjar la mayoría parlamentaria que había de establecer un despótico régimen de negocios. Temblaron de si entonces no encubrían la irresponsabilidad constitucional tener que cargar con responsabilidades. Y se callaron luego cuando el lamentable discursete de Córdoba. «¿Adónde iríamos si la dinastía se hundiera?» — se preguntaban. «¿Adónde iríamos?» o «¿adónde nos llevarían?» Porque ellos no se sentían con fuerzas para llevar a los otros a parte alguna. En vez de preguntarse: «¿Adónde llevaremos a España?», preguntábase: «¿Adónde nos llevarán?»

Decía Annie Besant que entre «alguien tiene que hacerlo, sí; pero ¿por qué yo?» Y «alguien tiene que hacerlo, y ¿por qué no yo?» median siglos de progreso moral civil. Y median siglos entre «¿adónde nos llevan?» y «¿adónde les llevamos?»

Y los que de una u otra manera nos vemos dirigiendo al pueblo, a la muchedumbre, tenemos que llevarle a un campo de lucha noble y franca y clara y limpia, a un campo de la mayor publicidad, de la mayor libertad y de la mayor responsabilidad también. Tenemos que llevarle a un campo donde no haya clandestinidades, donde no haya secretos, que la clandestinidad es la esencia del despotismo. Tenemos que llevarle a un régimen de publicidad; esto es: a un régimen republicano. A un régimen en que la irresponsabilidad no le quepa iniciativa alguna. Ni elección de ninguna clase.

Hay que acabar, desde luego, con el absurdo de hablar de la sabiduría de la irresponsabilidad.

Los católicos apostólicos romanos hablan de la infalibilidad del Papa, si bien limitándola a cuando promulga «ex cathedra» un dogma — que quiere decir decreto — en punto a teología o moral, pero nunca les hemos oído hablar de la infalibilidad de la Tiara. En cambio nuestros monárquicos, que hablan de la sabiduría de la Corona, no se atreven a hablar de la del rey. Y ese chirimbo — como dijo don Juan Valera, — que es la Corona, no puede decirse que sea sabio. Eso de la sabiduría de la Corona es una de las más perniciosas ficciones. Menos absurdo sería hablar de la sabiduría de la Constitución, ya que ésta se compone de pensamientos, de ideas, y cabe decir de un libro que es un libro sabio. Pero en la Corona, ¿qué hay escrito?

¿Y por qué no se dice la sabiduría del Trono? Es que la Corona se pone sobre la cabeza y el Trono bajo las posaderas. Mas de esto del tocado y del asiento hay que tratar con algún mayor espacio.

Miguel de UNAMUNO.

